



CAPÍTULO I

PANORAMA DE LA FAMILIA EN EL CICLO VITAL EN EL QUE EL HIJO/A MAYOR INGRESA A LA UNIVERSIDAD



1.1 Aproximaciones a la relación familia y universidad

Referirse a los hijos/as universitarios es hablar de un espacio en el cual la familia empieza a vincularse con un nuevo sistema; aunque es el hijo/a quien ingresa a este entorno, tiene repercusiones sobre todo el sistema familiar, pues implica, el adoptar nuevos roles, nuevas funciones y nuevas experiencias. La forma en la que la familia, como sistema, responde a esta situación se ve involucrada en el éxito que puede tener en el tránsito a la vida universitaria.

La mirada se enfoca a temáticas relacionadas con la mayor independencia, libertad y en ocasiones una mayor lejanía de los aspectos familiares involucrados en todo el proceso de formación. Esta experiencia ha sido analizada desde diversas perspectivas, una de ellas, que para el caso resulta más significativa, es la importancia que adquiere el acompañamiento familiar para el joven universitario.

Autores como Álvarez, Herrera, Quiles, Rodríguez y Sabiote (2008) coinciden en que la familia es uno de los pilares esenciales de los jóvenes universitarios, por lo que se valora el núcleo familiar como el lugar donde se cimenta el proceso de socialización del individuo y en el cual se comienza a educar en valores. Se encuentra, además, que los jóvenes consideran a la familia como la institución primordial, la cual ocupa un lugar privilegiado en la orientación de sus vidas y un espacio que proporciona un alto grado de estabilidad.

Por su parte, Enríquez y Solernou (2013) encuentran que la familia es donde el estudiante se apoya para transitar por todos aquellos cambios en los que se ve afectado, así como en la adopción de métodos de estudio para mejorar su desempeño académico. Dorio, Figuera y Forner (2003) son otros autores que se unen a este interés; en sus estudios realizados en España hacen referencia al soporte familiar como un elemento de suma importancia, encontrando dos dimensiones de apoyo fundamentales en la familia: afectiva y material.

Asimismo, Espitia y Montes (2009) sostienen que las funciones de las familias se cumplen en dos sentidos: uno propio de esta institución, como lo es la protección psicosocial e impulso al desarrollo humano de sus miembros, y en un segundo sentido externo a ella, la adaptación a la cultura, las transformaciones de la sociedad y el ingreso a la educación superior.

Es por esto que el sentido que adquiere la familia en el ingreso de los hijos a la universidad está visto desde las adaptaciones y retos a los que se ven enfrentados los universitarios. La familia es aquel escenario particular que influye de manera significativa en este proceso; no solamente en el apoyo emocional sino también en la estimulación a un buen rendimiento académico.

Algunas dificultades que experimentan los jóvenes con la entrada a la universidad, plantean Cornejo y Lucero (2005), tienen que ver principalmente con problemáticas sobre asuntos personales y de adaptación a la nueva etapa académica que se inicia. Esto se manifiesta en falta de seguridad en sí mismos, acompañado de temores a no poder responder a las exigencias académicas, como también al alejamiento del grupo familiar de origen.

En relación con la nueva etapa académica, para Rodríguez y Torres (2006) es significativo mencionar que existe una clara relación entre el contexto familiar y el rendimiento académico. La percepción que tienen los estudiantes de su contexto familiar (positiva), apoyo familiar, respeto por el tiempo de estudio, opiniones de la familia frente a la carrera y exigencia de buenas calificaciones, es directamente proporcional a un buen rendimiento académico, por lo que los autores concluyen que intervenir en el contexto familiar puede llevar a que los estudiantes alcancen logros académicos evidentes.

Se logra evidenciar una mirada al valor que adquiere la familia en el proceso de transición del joven universitario, desde las preconcepciones que tienen los hijos, el mantenimiento de los estilos y/o hábitos enseñados en el medio familiar y el apoyo que le propicia la familia al joven para favorecer su bienestar psicológico.

Desde la perspectiva de las preconcepciones que tienen los jóvenes al ingresar a la universidad, Solano (2010) encuentra que para ellos el ingreso a la universidad genera una tensión emocional importante. A esta sensación se suma a la necesidad de volver a construir vínculos y a ubicarse en el nuevo contexto, bajo nuevas pautas de interacción, así que no solo implica un cambio de vida sino también de lógicas de relacionamiento, de pensamiento y de valoración; todo un cambio de las producciones e interpretaciones de los sentidos.

Por su parte, Castaño y Páez (2010) en un estudio realizado en la universidad de Manizales, encuentran que si bien existen algunos hábitos que se modifican o se cambian para generar un mayor beneficio, gran parte de las costumbres enseñadas por los padres o familiares cercanos siguen siendo parte de la actual rutina de los jóvenes.

Es necesario recalcar que otra corriente de autores han puesto en el horizonte teórico una perspectiva más cercana a las pretensiones de este libro, pues prefiguran la pregunta por la dinámica particular que se gesta en la familia a partir del ingreso de los hijos al medio universitario.

Frente a este tema, autores como Escobar y Rodríguez (2008) ponen en evidencia que las relaciones sostenidas entre los miembros imprimen una dinámica

particular a cada grupo. Sin embargo, se comparten algunos aspectos generales, como los temores por la independencia de los jóvenes, los conflictos que se gestan entre padres e hijos y entre hermanos; además, el ingreso del hijo a la universidad representa para las familias y los padres, una esperanza, pero también un peligro. Aspectos estos que generan dificultades en las relaciones, manifestando sentimientos de inconformidad y rechazo hacia ciertas actitudes de algunas de las personas que conforman la familia.

En sus hallazgos principales, Escobar y Rodríguez (2008) encuentran que la familia es el sistema relacional primario en el proceso de individuación, crecimiento y cambio del individuo. Por lo tanto, cuando los hijos o las hijas ingresan a la universidad, dicho proceso no afecta solo al joven sino también a todo el sistema familiar, generando tensión familiar que pone en acción las capacidades y recursos existentes en el grupo. De esta manera, la dinámica familiar no solamente es diferente para estos jóvenes sino también para sus padres.

Es por esto que la universidad representa un mundo en el cual las actuaciones de la familia en el nivel de la escuela ya pueden llegar a ser insuficientes o excesivas (Garreta, 2007), puesto que se suma no solo la entrada a la universidad, sino además las etapas de desarrollo de los jóvenes, que tienen que ver con su emancipación.

Coincidiendo con los cambios que se producen en el desarrollo al final de la adolescencia, el acceso a la Enseñanza Superior enfrenta a los jóvenes a numerosos desafíos, como la separación de la familia, de los amigos y las exigencias de mayor autonomía (Braxton, Bray & Berger, 2000).

El tránsito y la adaptación al contexto universitario se han conceptualizado, en esa medida, como un proceso complejo y multidimensional, en el cual se ven implicados múltiples factores de naturaleza personal y contextual. El impacto de la enseñanza superior se extiende más allá del dominio estrictamente cognitivo, ya que el proceso tanto de formación como de aprendizaje, se configura en función de una diversidad de factores académicos y no-académicos que suceden dentro y fuera de las aulas (Soares y Almeida, 2001, Soares, 2003 y Soares, Guisande, Diniz y Almeida, 2006).

En efecto, se presentan dos perspectivas en relación con la adaptación y el tránsito a la vida universitaria: la que procura comprender y explicar, dentro de una tradición intrapsíquica, los cambios experimentados en el estudiante a lo largo de su etapa universitaria, y la que ha procurado comprender y explicar cómo las características de los contextos universitarios afectan la calidad de adaptación y desarrollo de los estudiantes (Soares et al., 2006).

Dicho proceso de adaptación y transición a la vida universitaria, desde los aportes de Jiménez, Izquierdo y Blanco (2000) y González, Núñez, Álvarez, Roces, Muñiz, Valle, Cabanach et al. (2003), involucra las variables relacionadas con la calidad de las instituciones universitarias y las características que los estudiantes y sus familias presentan en el momento del acceso a la universidad. Lo anterior permite vislumbrar que la familia es y puede llegar a ser un eje fundamental en el que su dinámica interna favorece o perjudica el tránsito a la universidad, sin olvidar que dichas variables mencionadas se encuentran en constante interacción y relación.

La familia es un vínculo muy importante que se ve involucrado en la formación de los estudiantes. A lo largo de la historia, la escuela, la universidad y la familia siempre han dejado una huella en la vida de las personas y se han mantenido en constante transformación. Es necesario mencionar que la participación del núcleo familiar en los entornos de formación ha cambiado con el paso del tiempo, trascendiendo el aspecto individual de la educación y convirtiéndose en participantes activos en la gestión de dicho proceso (Pariente, 2006).

Lo anterior quiere decir que, en los procesos educativos, ya no solo se enfoca la mirada en la relación entre profesores y estudiantes, sino que se abordan las múltiples variables, entes e instituciones que se ven involucradas. La familia toma un sentido diferente al ser considerada parte importante y actuante en el ámbito educativo.

Al entender que todas estas instancias, entre ellas la familia, se ven involucradas en dicho tránsito, se posibilita dimensionar la experiencia de la entrada de los hijos/as a la universidad desde una perspectiva sistémica. Esta red alberga un conjunto de nuevas experiencias, sentidos y significados que afectan de diversos modos la interacción tanto a nivel externo como interno del grupo familiar.

De este modo, queda claro que la universidad se gesta como ese nuevo sistema con el cual la familia empieza a relacionarse y, tal como lo plantea Enríquez (2013), cuando la familia afronta esta nueva situación se presentan cambios en todo su funcionamiento interno, puesto que demanda el cumplimiento de roles nuevos, tanto para la familia como para que el estudiante logre asumir los retos académicos, económicos, sociales y familiares. En esa medida, la familia siempre ha de estar presente desde una posición activa o pasiva en el entorno universitario.

Bartutis (2007) sostiene que, actualmente, el ámbito educativo se relaciona con variables sociales, económicas, culturales y políticas que demandan mayores exigencias en la formación de los profesionales. Es, pues, un imperativo de este

tiempo formar profesionales de una manera integral, trazada por las diferentes dimensiones que construyen al ser humano.

Dicho entramado adquiere una connotación especial y compleja pues requiere esfuerzos coherentes y coordinados no solo de la institución educativa, sino también de las demás dimensiones con las que se relaciona el universitario, las cuales representan un conjunto de factores que participan en el proceso. Dicha idea es significativa para comprender que la educación, particularmente en la universidad y su articulación con las familias, desempeña un papel rector en el sistema de influencias sociales que estimulan la formación y desarrollo (Bartutis, 2007).

Delgado (2007) considera, en esa medida, que la familia es el primer laboratorio donde los estudiantes empiezan a relacionarse con otros seres humanos y a desarrollar lazos afectivos con ellos mismos, sus allegados y con el medio ambiente en el que se desempeñan. Es así como las relaciones familiares, su situación económica, la preparación académica de sus padres, entre otros, impactan en su éxito o fracaso.

De tal manera que el estudiante, cuando ingresa a la universidad, aunque reúna los requisitos de admisión, esté motivado y posea los ingredientes básicos para el aprendizaje, no deja de vincularse con su entorno familiar, social y cultural en el que ha crecido y se ha desarrollado. Ese equipo lo acompaña en su vida universitaria (Corral y Zallas, 2014), así como su entorno familiar no deja de relacionarse con esa nueva experiencia:

En muchas ocasiones se considera que "los hijos, al ingresar a la universidad, ya no requieren apoyo de la familia {...}; sin embargo, al ingresar a la institución de educación superior, los estudiantes si no son apoyados por su familia en su formación, sus aspiraciones se ven truncadas" (Corral y Zallas, 2014, p. 10).

Se hace relevante, en ese sentido, indagar en la manera en que percibe el estudiante su ambiente familiar, su dinámica interna como sistema, la importancia que sus padres le dan al estudio, el apoyo familiar, entre otros: "El contexto familiar del estudiante determina los aspectos económicos, sociales y culturales que llegan a limitar o favorecer su desarrollo personal y educativo" (Corral y Zallas, 2014, p. 5).

En la etapa inicial de estudios universitarios, determinan Whitaker y Slimak (citados en Delgado, 2007), hay tres procesos relacionados entre sí que interfieren en su desarrollo y éxito académico: un individualismo relativo, un proceso de lealtad y el ciclo de vida familiar. En dicho proceso intervienen diversas variables, como la intensidad de la dependencia entre el estudiante y su familia, la flexibilidad de sus padres, la separación geográfica y los aspectos económicos.

Tal como menciona Delgado (2007), los cambios en el ciclo de la vida familiar de los jóvenes son rápidos y si los padres son flexibles y comprensivos en su necesidad de autonomía, identidad y separación, entonces no se presentarán dificultades. Para autores como Ríos (2005) y Chacana (2005), los cambios al interior de la familia, en su dinámica interna, se relacionan con la capacidad de asumir responsabilidad emocional para que el joven pueda crear nuevos vínculos afectivos fuera de los de la familia.

En un estudio realizado por Hummel y Steele (citados en Delgado, 2007) se encontró que los estudiantes que reciben apoyo, motivación y ayuda de sus padres en el logro de sus metas académicas, no solo perseveran sino que experimentan un intenso deseo de sobresalir en los estudios y de superar su nivel de vida. En palabras de Puente (1999, p. 283), “en ocasiones los estudiantes fracasan no porque carezcan de estrategias cognitivas, sino porque carecen de estrategias afectivas de apoyo para desarrollar y mantener un estado psicológico interno y un ambiente de aprendizaje apropiado”.

Es posible observar que la familia, aunque adopta o necesita acoplarse a nuevos funcionamientos diferentes a los de la etapa de la escuela, se presenta como un eje fundamental en el cual el apoyo económico y el afectivo se ven directamente involucrados en el nuevo tránsito. Estudiar en la universidad es un asunto muy importante hoy en día para los jóvenes y para sus familias, que en medio de la ausencia de la seguridad económica y financiera, ven en los estudios superiores una posibilidad, aunque incierta, para mejorar sus condiciones sociales manteniendo viva la promesa del progreso a través del mérito individual.

En estas condiciones, a los jóvenes universitarios de hoy en día, paradójicamente, les toca depender por más tiempo de sus familias. Lo que ha encontrado Rojas (2011) en sus investigaciones es que los jóvenes deben postergar por más tiempo su autonomía, al tiempo que redefinen el involucramiento parental que se extiende más allá de su función de garantías básicas para la reproducción generacional:

La postergación de la autonomía de los jóvenes frente a la exigencia de una mayor preparación universitaria, por una parte, y los problemas de acceso a un mercado profesional que les permita ganar su autonomía, por otra, configuran un campo de estructuración intrincado con los cambios en la estructura familiar (Rojas, 2011, p. 1).

1.2 El trasegar de la familia en su ciclo vital

El concepto de familia ha sido indagado por diferentes autores, quienes plantean elementos útiles para comprender su complejidad. La familia se ha abordado como institución social, grupo, construcción social y conjunto de relaciones emocionales. Hace algunas consideraciones sobre estas definiciones de familia: “como institución, la familia es una serie de abstracciones de la conducta, un sistema de normas que tienen el carácter de reglas de comportamiento para sus miembros”. En esta mirada, es importante resaltar que la familia tiene unas funciones sociales, tales como la reproducción de sus miembros, la adecuada socialización, el mantenimiento del orden dentro del grupo y la relación con el resto del sistema social. La familia, para este autor, es en sí “un conjunto de personas que interactúan en la vida cotidiana para preservar su supervivencia” (Hernández, 2003, p.15).

Como construcción cultural, la familia “es un constructo cultural constituido por valores sociales, tradicionales, religiosos y políticos, puestos en acción por sus miembros en la medida en que la forma que adquiere la familia (...) es establecida por el medio cultural” (Hernández, 2003, p.15). En esta noción de familia, cada núcleo interpreta lo que proviene del gran sistema social, lo modifica y lo asume según su experiencia.

Por su parte, autores como García, Rivera, Arango y Díaz (2006) entienden la familia como una unidad social que enfrenta múltiples tareas de desarrollo, desempeñadas con base en los parámetros propios de cada cultura, pero manteniendo raíces universales. De tal forma, la familia es un nexo de intercambio diario entre sus miembros y los ambientes externos, tales como el lugar de trabajo de los padres, la escuela de los hijos y otras instituciones de la comunidad.

Por otro lado, el concepto de familia como conjunto de relaciones emocionales apunta a que ella es:

una forma de vida en común, constituida para satisfacer las necesidades emocionales de los miembros a través de la interacción (...) los sentimientos muchas veces encontrados, proveen un ambiente dentro del cual los individuos viven procesos que determinarán su estilo de interacción en otros contextos (Hernández, 2003, p.16).

En esta perspectiva, es la familia quien se encarga de regular las emociones de los individuos y de esta manera cumple con su función de satisfacer las necesidades emocionales de los mismos.

Según Rico (2005), la familia es conocida como un grupo heterogéneo, complejo y cambiante que reúne en el espacio géneros y generaciones, funciones diferentes, responsabilidades comunes y dependencias; las cuales varían a lo largo del tiempo.

Estos autores permiten vislumbrar que la familia pasa por una serie de procesos que forman parte fundamental de su constitución, es decir, que los cambios y responsabilidades que asume cada uno de sus miembros son indispensables para el mantenimiento de su constitución, ya que constituye su desarrollo y ciclo vital familiar.

El término de **ciclo vital familiar** es entendido como el proceso de evolución esperable en una familia. Aparentemente simple, este concepto encierra varios elementos para destacar: el primero de ellos es el de proceso que proporciona una descripción general de los retos y problemas típicos de una fase, al tiempo que el de evolución, permite encuadrar la situación de la familia dentro de su propio marco evolutivo (Ríos, 2005).

De esta forma, referirse al ciclo vital es hablar de las etapas que las personas atraviesan en general a lo largo de la vida, desde el nacimiento hasta la muerte. El pasaje de una etapa a otra implica un cambio, el cual lleva consigo una nueva experiencia. Según García y Estremero (2003), son etapas cualitativas diferentes entre sí e implican tareas evolutivas, ya que no pueden responder a todas ellas de la misma manera.

En esta misma línea, Barquero y Trejos (2004, p.2) mencionan que:

el ciclo de vida de las familias, alude a las diversas fases o etapas por las que suelen pasar los arreglos familiares, desde la constitución del núcleo inicial (parejas con o sin hijos), pasando por distintos momentos de cambios de acuerdo al crecimiento del grupo inicial y al crecimiento de sus miembros, hasta la disolución de dicho núcleo o dispersión en nuevos núcleos y arreglos familiares.

Teniendo en cuenta lo anterior, se da la necesidad de comprender el ciclo vital no como el resultado de los cambios evolutivos que se generan en uno de los miembros individuales de la familia, sino como la transición que se genera en el grupo familiar; esto viéndolo como un verdadero sistema vivo en crecimiento.

Por tanto, el crecimiento que se genera dentro del ciclo vital de la familia parte de todas aquellas etapas evolutivas que se forman tanto de manera grupal como individual. Estas etapas están mediadas por una serie de acontecimientos,

tales como las crisis que se dan por un desequilibrio en la familia y los recursos o estrategias que utilizan con el fin de superar aquellos acontecimientos.

Los recursos varían según las experiencias, ya que el proceso evolutivo de los miembros se conoce según las fases y acontecimientos que ellos están viviendo. Este proceso puede estar enmarcado en la etapa de la adolescencia y la emancipación, pues son las etapas en las cuales el ser humano comienza a vivir nuevas experiencias. Esto no quiere decir que la familia, en tiempos anteriores, no haya tenido acontecimientos estresores, sino que este nuevo cambio puede generar unas nuevas pautas de interacción, donde es necesario que la familia opte por nuevas formas de afrontarlo.

La etapa de la adolescencia y emancipación se caracteriza por cambios drásticos y rápidos en el desarrollo físico, mental, emocional y social, que provocan ambivalencias y contradicciones en el proceso de búsqueda del equilibrio consigo mismo y con la sociedad a la que el adolescente desea incorporarse: “La adolescencia es una etapa decisiva en la adquisición de los estilos de vida, ya que se consolidan algunas tendencias comportamentales adquiridas en la infancia y se incorporan otras nuevas provenientes de dichos entornos de influencia” (Pérez, Martínez e Inmaculada, 2009, p. 5).

Los jóvenes pasan menos tiempo con la familia, se producen cambios en los estilos afectivos que empleaban con sus padres anteriormente y en la percepción que tenían de ellos (los desidealiza). Este es un proceso doloroso para los padres, ya que sus hijos comienzan a cuestionar sus juicios, opiniones y puntos de vista sobre el mundo; incluso pueden encontrarle fallas y rebelarse contra ellos (Soutullo y Sanz, 2010).

Todo este cambio se da debido a la necesidad que tiene el joven de adquirir mayor autonomía para configurar su proyecto identitario. De ahí que las relaciones con él impliquen la adquisición de nuevos referentes que entran en colisión con los referentes familiares; algo que podría denominarse como un segundo momento de individuación (González, 2000).

Los jóvenes expresan la autonomía en la toma de decisiones sobre su vida cotidiana y su futuro, “en tener libertad para construir su propio mundo y en particular lo relacionado con las amistades, las salidas del hogar y el uso del tiempo libre” (Jiménez, 2003, p. 81). Sin embargo, refiere este autor, para que todo ello sea posible el joven ha debido interactuar con su primer grupo de socialización, la familia. Esto le posibilita reconocer las virtudes y falencias dentro del proceso de socialización primaria con su contexto familiar.

El joven empieza a percibir su nueva etapa como algo necesario para su desarrollo; es ahí donde empieza a crear integración entre la autonomía y la dependencia. El joven emancipado necesita ser autónomo para llegar a la toma de conciencia que le permite percibir que empieza a ser “sí mismo”, de manera más clara y diferenciada (Ríos, 2005).

En este proceso de emancipación y autonomía existe una serie de tomas de decisiones que, según Erikson (citado por Diane, Sally & Duskin, 2009, p. 515), “se forma a medida que los jóvenes resuelven tres cuestiones principales: la elección de una ocupación, la adopción de los valores con los que vivirán y el desarrollo de una identidad sexual satisfactoria”.

Como lo menciona este autor, la elección de una ocupación también forma parte del proceso de emancipación y la autonomía del adolescente; es ahí donde se reconoce la premisa principal de los cambios en el sistema familiar, con la entrada del hijo mayor a la universidad, ya que este nuevo cambio -como se ha dicho en apartados anteriores- no se da solo en el hijo/a, sino que también se genera al interior de la familia. En lo que refiere a Wagner (2007, p. 113):

La idea de que los hijos deben ser criados para el mundo refleja un patrón educativo ideal a ser alcanzado por las familias. Sin embargo, no siempre es una tarea de fácil realización. La complejidad inherente a la etapa del ciclo evolutivo vital en el cual los hijos salen de la casa, incluye desde los aspectos relativos a la herencia transgeneracional hasta los socioeconómicos y culturales del contexto familiar.

Todas las familias en su desarrollo evolutivo han de afrontar, llegado un determinado momento, la separación que inevitablemente tiene lugar entre padres e hijos/as. El crecimiento de los hijos es tan rápido que muchas veces los padres no puede “digerir” los cambios que conlleva el paso de una etapa del ciclo vital a otra y aunque todavía no hayan acabado de asimilar una, ya se encuentran con que tienen que enfrentarse a otra nueva (Rojas, 1998, p. 181).

En esta etapa se plantea una serie de problemas sociofamiliares que dificultan tanto el crecimiento individual como familiar, donde las familias deben enfrentar procesos de desvinculación (Girón, Sánchez y Rodríguez, 1999).

Los padres y madres tradicionales que son apegados a los códigos, tradiciones y costumbres de la generación en la que fueron educados, presentan mayores conflictos con sus hijos/as por las demandas que ellos hacen en relación con su vida afectiva, sexual, la incorporación en el mundo público, sus amistades y gustos en el vestir. Por el contrario, cuando los padres y madres son más abiertos

al cambio y a las nuevas exigencias sociales, el proceso de socialización se acentúa en la formación ética y la construcción de la autonomía de los hijo/as, pese a que puedan tener dificultades para desprenderse de su papel tradicional y tal autonomía (Jiménez, 2003).

Es importante recalcar que las familias, independientemente de la etapa por la cual estén pasando, siempre se verán expuestas a cambios. Estos pueden ser positivos o negativos, pero cada uno de ellos logra centrar unas bases sólidas para que el grupo familiar logre superar cualquier acontecimiento percibido como crítico. Las **crisis familiares**, entendidas desde González (2000, p. 3), hacen referencia a

un aumento de la disrupción, desorganización o incapacidad del sistema familiar para funcionar. La familia en crisis se caracteriza por la inhabilidad para retornar la estabilidad, y a la constante presión a hacer cambios en la estructura familiar y en los modelos de interacción (p.3).

Para Herrera y González (2002, p. 1),

En el tránsito por su ciclo vital, la familia oscila entre períodos de estabilidad y períodos de cambios, caracterizados estos últimos por contradicciones internas que son necesarias e imprescindibles para propiciar su desarrollo. Estas contradicciones surgen a partir de eventos familiares que constituyen hechos de alta significación para el individuo y la familia, y que provocan cambios en el ritmo normal de la vida familiar, originando momentos de estrés, al tener la familia que enfrentarlos reestructurando sus procederes habituales.

Dichas contradicciones se conocen como crisis. Los cambios se dan en diferentes momentos del ciclo vital, que pueden ser tanto individuales como familiares. El querer conciliar ambos funcionamientos produce, en ocasiones, fluctuaciones, inestabilidades o transformaciones que producen ciertos niveles de desorganización de la familia; es lo que se denomina como crisis evolutiva (González, 2000).

Se entiende como **crisis evolutiva** porque está en relación con los cambios biológicos, psicológicos y sociales de cada uno de los miembros de la familia y sus consecuentes transformaciones en las pautas de interacción del mismo contexto. De esta manera se entiende el carácter dinámico de las familias en las que las crisis evolutivas cambian las viejas pautas e impulsa a los miembros de la familia, en el desempeño de nuevas funciones en sus roles, poniendo de manifiesto un desarrollo cada vez más acabado de individuación y de una estructura familiar de complejidad

creciente y diferente a la anterior, lo que daría lugar al desarrollo de la familia (González, 2000).

Ahora bien, el paso de una fase a otra supone algo más que un cambio cuantitativo y un reajuste menor de la familia ante condiciones modificadas; se entiende que desplazarse a una nueva etapa exige siempre una verdadera transformación del sistema familiar. Es ahí donde las crisis que emergen de este cambio permiten que se obtengan nuevos recursos para su crecimiento.

Autores como Ríos (2005) hablan de tres tipos de crisis a las cuales las familias se ven enfrentadas: crisis normativas, que se dan cuando se requieren cambios en la estructura y reglas familiares; por ejemplo: contraer matrimonio, vivir el nacimiento de los hijos y su llegada a la adolescencia. Segundo, las crisis no normativas, que se dan por la ocurrencia de eventos estresores inesperados, como el divorcio, un accidente fatal en algún miembro de la familia, entre otros. Por último están la crisis de desarrollo, que son aquellos cambios esperables por los cuales atraviesa la mayoría de las personas; por ejemplo, la adaptación para enfrentar nuevos desafíos que forman parte del desarrollo de la vida normal.

González (2000) afirma que las crisis no solo implican la vivencia de circunstancias negativas o la máxima expresión de un problema, sino también la oportunidad de crecer y superar la contradicción con la consiguiente valencia positiva. Las crisis no son señales de deterioro; suponen riesgos y conquistas, son motores impulsores de los cambios. La familia en crisis no es necesariamente una familia disfuncional o problemática. El hecho de vivir en crisis no es necesariamente la causa de disfunción familiar, sino el modo como se enfrenta.

Como se ha venido planteando, todas las crisis que se gestan dentro de la familia no siempre son negativas y es ahí donde ella entra a crear y/o gestar recursos o estrategias para la superación de esas crisis, es decir, que estas pueden lograr la maduración del desarrollo familiar.

En esta misma línea, Barg (2004) menciona que la tarea principal de las familias en la etapa de la adolescencia y la emancipación del joven adulto es elaborar, modificar y transformar los roles; con ello se cambian las estructuras para contribuir al desarrollo de las identidades, creando necesidades y normas nuevas que fomenten un espacio adecuado para la elaboración de dicha etapa.